

# Veracruz, 500 años de cara al mundo a través del mar\*

HORACIO GUADARRAMA OLIVERA\*\*

ISSN (digital): en trámite

DOI: <https://doi.org/10.25009/urhsc.v1i45.2881>

*A Jaime Cortés Hernández,  
entrañable amigo,  
in memoriam*

Generalmente, los aniversarios de un hecho trascendente son aprovechados por los historiadores y las instituciones académicas dedicadas a investigar y difundir la historia para publicar uno o varios libros en torno a ese acontecimiento, donde no sólo se actualicen los conocimientos que se tienen al respecto sino se reflexione con cierta profundidad su significado en el presente. Por supuesto, los 500 años de haber sido fundado-inventado Veracruz, ayuntamiento, puerto y ciudad, no podría ser la excepción, habida cuenta de la importancia que tiene su cinco

veces centenario y fascinante devenir para la historia nacional y universal.

Hace poco salieron de las prensas tres libros con ese fin: *500 años de Veracruz*, coordinado por Carlos Silva y Joel Álvarez de la Borda (2018); *Veracruz, puerta de cinco siglos, 1519-2019*, coordinado por Carmen Blázquez, Gerardo Antonio Galindo y Ricardo Teodoro Alejandre (2019), y *El puerto en la vida de Veracruz*, editado por Porfirio Castro (2019).

El Centro INAH-Veracruz, como era de esperarse, no ha querido dejar pasar esta oportunidad para poner a consideración de un público lector amplio su propia aportación, de ahí que a un lustro del citado aniversario nos ofrezca —más vale tarde que nunca— *Veracruz, 500 años de cara al mundo a través del mar*, una voluminosa e interesante obra conmemorativa coordinada por Ruth Arboleyda Castro, donde participan no sólo investigadores del INAH-Veracruz, sino estudiosos invitados de otras instituciones, como la Secretaría de Marina-Armada de México, la Cámara de Diputados

\* Ruth Arboleyda Castro (coord.), *Veracruz, 500 años de cara al mundo a través del mar*, Secretaría de Cultura/Instituto Nacional de Antropología e Historia, serie Logos, colección Historia, México, 2023 (1a. ed. digital)/2024 (1a. ed. impresa), 455 pp. ISSN: 978-607-539-753-5.

\*\* Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana, Xalapa, México, e-mail: [hguadarrma@uv.mx](mailto:hguadarrma@uv.mx), ORCID: 0009-0005-6832-732X.



del H. Congreso de la Unión, la Universidad Veracruzana y el Instituto Veracruzano de Cultura, así como de la Subdirección de Arqueología Subacuática, el Museo Nacional de las Intervenciones y la Subdirección de Investigación y Conservación de la Dirección de Estudios Arqueológicos del INAH.

¿Por qué contar de nuevo esta historia, ya tantas veces contada, tanto en los libros recientes ya citados como en otros publicados desde la década de 1980? Una respuesta lógica podría ser que el conocimiento histórico está en constante revisión, por lo cual es necesario visitar/replantear/reescribir los temas más o menos tratados, además de llenar una serie de lagunas temáticas que siempre existen en las visiones panorámicas de las historias locales o regionales. O dicho en otras palabras, el futuro del pasado de cualquier historia que valga la pena siempre aspirará a poseer un nuevo rostro, más completo y objetivo si eso es posible, con base en otras perspectivas o enfoques o en fuentes poco frecuentadas o conocidas.

Arboleyda señala, en ese sentido, tres razones esenciales: primera, la importancia capital de la villa y ayuntamiento de Veracruz en los primeros años de la Conquista; segunda, su importancia estratégica “en el mapa del mundo circuncaribe y atlántico”, y tercera, por “ser el extremo atlántico del eje transversal que unía a la Nueva España y a la proplea España con Asia”.

Razones que, sin duda, van a vertebrar, jalonar y condicionar su acontecer hasta nuestros días:

Esta historia —agrega Arboleyda—, relativamente nueva pero anclada en los añejos devenires de los dos lados del océano, dio por resultado, entre otras cosas, a Veracruz: ayuntamiento, ciudad y puerto. Esta hechura ha llegado hasta nosotros como una expresión compleja del hacer sociedad y del hacer cultura. Inventado desde su creación, siguió inventándose a sí mismo a partir de lo que había y de lo que llegó, de quienes habitaban y de quienes vinieron o fueron traídos. Ciudad caribeña y atlántica que, a semejanza de las ciudades del mundo mediterráneo evocadas por Fernand Braudel y traídas a cuento por Antonio García de León [...] ve más hacia el océano y a otras ciudades costeras que hacia lo que tiene a sus espaldas. (pp. 16-17)

Concretar este tipo de obras, de suyo arduas y complejas, siempre plantea retos no menores a su coordinador o coordinadora: qué temas abordar; cómo abordarlos; qué extensión dar a cada uno; qué orden darles en el sumario del libro (¿cronológico, temático, jerárquico?); cuántas imágenes, si las hubiera, incorporar al texto que tengan un sentido explicativo y complementario y no sean meros “adornos”; estar al tanto del proceso de edición de la obra; gestionar y conseguir los recursos para su publicación, entre otros.

De ahí que Arboleyda señale, con mucha razón, que “500 años de transcurrir por el tiempo dan para muchas narraciones”, por lo cual “Abarcarlas todas no cabría ni en muchas páginas, menos aún en pocas; tal historia total es imposible”. Y advierte:

En este libro tampoco elegimos el formato de una historia general, por lo que el lector podrá apreciar la falta de temas o periodos que quizá pensaba encontrar. [...]

Así que, haciéndonos cargo de estas carencias —concluye—, *presentamos algunas de las muchas historias posibles a manera de episodios*, de teselas de un gran mosaico que acaso puedan dar idea de la figura que se quiere construir o, mejor, estimular la búsqueda de las piezas faltantes. (p. 17)

La coordinadora destaca como ausencia temática notable la segunda mitad del siglo XIX, que, dice, “para Veracruz tuvo una singular importancia”; aunque en mi opinión hay varios textos de esta publicación que de alguna u otra manera cubren este crucial periodo de la historia del puerto. Empero, más que ello, yo podría mencionar, para no salirme de la segunda parte de esa centuria y los inicios del siglo XX, algunos procesos culturales que siguen siendo asignaturas pendientes en la historiografía del puerto: la llegada de la fotografía y el establecimiento de los estudios fotográficos, la impronta social finisecular del cine silente y las

compañías teatrales, la circulación de los periódicos y la formación de la opinión pública, el deporte como parte del ocio y como espectáculo (béisbol y fútbol, particularmente), entre otros.

Por otro lado, Arboleyda aclara cuál es el enfoque de las historias que encontraremos al abrir este volumen, evitando así que nos hagamos falsas expectativas a partir del título del mismo:

Pese al título de la publicación y el epígrafe elegido para esta introducción —apunta—, que quieren enfatizar la importancia y el contexto de nuestra urbe, *los autores en general prefirieron historias más íntimas, más del propio terruño*, aunque muchos de los hechos elegidos se explican también a partir de la economía-mundo. Pero el enfoque general es este sitio, esta circunstancia, este terruño. (p. 17)

Y a propósito de los 17 autores de los 20 textos aquí publicados, cabe destacar que cada uno de ellos son conocidos y reconocidos especialistas en el tema tratado, y que han escrito antes libros, capítulos y artículos alrededor de éste. Pero, además, todos los escritos, organizados en cinco amplios apartados, están muy bien sustentados en fuentes bibliográficas, hemerográficas, electrónicas y de archivo de primer nivel, y en general en un lenguaje claro y llano pero con un estilo propio, cosa que siem-

pre el lector agradece. Como dice la coordinadora, estamos en presencia de “Investigaciones rigurosas presentadas de manera ágil para que los lectores quieran saber más de esta historia, sobre estas historias”. Ciertamente extrañé algunos nombres, tanto dentro del INAH-Veracruz como fuera de este Centro, pero ya se sabe que una cosa es el libro “ideal”, el que pensamos o soñamos, con los autores idóneos, y otra, muy otra, la que es posible en función del tiempo, del límite de espacio con el que se cuenta, de las prioridades temáticas, de las agendas individuales de los investigadores, de las redes académicas del coordinador o coordinadora, y de un largo etcétera.

Por otra parte, me parece muy afortunado que los potenciales lectores puedan tener acceso este volumen tanto en versión digital como impresa, porque si bien un “libro electrónico” tiene potencialmente una mayor proyección y difusión a través de su distribución por Internet, no hay como la experiencia de poder hojear, sentir, acariciar y leer un “libro físico”. Sin embargo, me hubiera encantado un libro con más imágenes acompañando y fortaleciendo a los textos: mapas, planos, litografías, fotografías, tomando en cuenta la rica y nutrida iconografía que existe sobre el puerto.

No voy a hacer aquí un recuento pormenorizado de la obra que nos ocupa, aunque sí mencionaré cada uno

de los trabajos que la integran; sólo intentaré, en cambio, destacar algunas líneas generales que inviten y estimulen a su lectura y ayuden al lector a sacarle el mayor provecho. Para ello me he tomado la libertad de reorganizar los excelentes trabajos que conforman el libro en cinco grupos, a cada uno de los cuales, según mi criterio, los une un fino pero sólido hilo conductor. Desde luego, esta agrupación es totalmente arbitraria y no pretendo convencer a nadie de las bondades de visualizar el volumen de esta manera. De lo que sí estoy convencido es que esta publicación puede leerse en el orden que se quiera, porque si bien existe un eje que atraviesa todo el libro y le da coherencia, también es cierto que éste se puede abordar a partir del interés temático específico que cada lector posea. Sea como fuere, seguramente, como afirma la coordinadora, el lector quedará enganchado e interesado en saber más del tema que ha escogido, para lo cual cuenta al final de cada trabajo de una bibliografía mínima.

Así, en un primer grupo pondría los capítulos de Jaime Cortés Hernández y Javier Omar Ruiz Gordillo. Ambos trabajos profundizan en un tema que casi siempre es tocado de paso pero que, sin embargo, tiene una importancia cardinal para entender los orígenes de Veracruz. Me refiero a la fundación y primeros dos traslados de la que Germán Arciniegas llamara con gran tino literario “la Vagabunda”

Veracruz. Jaime, con base en la historia y la arqueología, hace una síntesis magistral de sus investigaciones sobre la Villa Rica de la Veracruz (1519-1523), primer emplazamiento en serio de la urbe luego de que los ibéricos, encabezados por Cortés —Hernán, por supuesto, no Jaime—, instalaran por “menos de tres semanas” un “campamento efímero de chozas y enramadas improvisadas de materiales perecederos” sobre los ardientes arenales de Chalchihuecan, lugar que, según el autor, se ubicaría “entre el actual fraccionamiento Costa de Oro y el ahora desbastado promontorio del Penacho del Indio”. Cortés —Jaime, desde luego, no Hernán— hace una descripción del entorno natural de la Villa Rica y analiza minuciosamente los vestigios y materiales de construcción de este asentamiento, “apostado sobre una gran paleoduna móvil”, que divide en dos sectores, uno con una clara función defensiva y otro relacionado con la vida cotidiana de sus pobladores.

La vieja esperanza de España —comenta al final de su texto un inspirado Jaime, no sin cierto aire de resignación—, que capturó y arrulló con su relamido oleaje el sueño de los antiguos conquistadores, bajo el mudo cimiento de la “fortaleza o casa fuerte” de Hernán Cortés, edificada en la segunda década del siglo xvi, actualmente se reduce a un mínimo solar no mayor de un cuarto de hectárea, abra-

zado y reclamado naturalmente por la diversa maleza del acahual, haciéndole pasar disimulado y desapercibido. Cumplidos los 500 años de su fundación, la Villa Rica de la Veracruz sólo es conocida y visitada por la belleza de sus playas y la cercanía a la zona arqueológica de Quiahuiztlán, desapercibida como el vértice geográfico del principal centro histórico que forjaría y pugnara por su posterior surgimiento: el errante puerto y ciudad de Veracruz [...]. (p. 50)

Acto seguido, Javier Omar, dándole seguimiento a la errancia hacia el mediodía de esta urbe “viajera”, nos narra los avatares de la que ahora se llamará La Antigua, modesta urbe trazada en forma de damero que sentará sus reales a poco más de 44 kilómetros al sur de la Villa Rica, a la orilla del río Huitzilapan, para tres cuartos de siglo después (1599), debido a una serie de poderosas circunstancias (tormentas, huracanes, inundaciones, naufragios, contrabando,...), recalar finalmente en la banda de Buitrón con el apelativo de Nueva Veracruz, a pesar de los reparos de los funcionarios reales y las protestas de sus vecinos.

Un segundo grupo, estaría conformado por los trabajos de Carmen de los Ángeles Priego Medina, Adriana Gil Maroño, Judith Hernández Aranda y Leticia Rivera Cabrieles. Sus trabajos están dedicados a explicar aspectos particulares de temáticas que están casi siempre presentes a la hora de

estudiar el periodo virreinal en el puerto de Veracruz.

Carmen nos ofrece, en muy pocas páginas, una ordenada y muy útil explicación del trazado de la Nueva Veracruz, la otrora Ciudad de Tablas, en el siglo xvii, con base en las famosas *Ordenanzas* de Felipe II, y de su ulterior desarrollo en ese siglo y durante el siglo xviii, en que poco a poco se va transformando en una ciudad amurallada y abaluartada de cal y canto, y en el puerto y puerta principales de la Nueva España, sobre todo a raíz del brutal ataque pirata encabezado por Lorencillo en 1683.

En ese contexto, Adriana, amplia conocedora del siglo de las Luces, pone esta vez su atención en las redes clientelares, insertas en un sistema de favores, que les permitió a los poderosos comerciantes porteños consolidar sus privilegios; prácticas que, a su parecer, perviven hasta nuestros días y “han impedido pasar del vasallaje a la ciudadanía y construir un [verdadero] Estado de derecho. Aspiración —concluye la autora— que debiera tener toda sociedad que se precie de ser democrática”.

Judith, por su parte, con la erudición que le caracteriza, y a través principalmente del caso del Hospital de San Carlos —nosocomio que enfrentaba limitaciones y problemas de toda índole—, nos adentra en el sombrío mundo de las epidemias de viruela y fiebre amarilla en el Veracruz de fina-

les del siglo xvii, cuando arriba a la ciudad amurallada un nutrido contingente de militares cuyo objetivo era organizar su defensa contra el enemigo principal de la Corona española: la “pérfida Albión” (Inglaterra).

Leticia, en fin, sin descuidar los pormenores militares siempre necesarios, donde destaca la figura del capitán de fragata Pedro Sáinz de Baranda, centra su texto en el significado profundo de la expulsión del Imperio español de su último reducto en el México independiente, la fortaleza de San Juan de Ulúa (1821-1825) —coraza defensiva vuelta verdugo de Veracruz—, para el proceso de construcción del Estado mexicano y de la identidad nacional, en medio de la pugna político-ideológica entre las élites federalistas y centralistas del momento, donde, a fin de cuentas, se tomaba la decisión de a qué hombres condecorar y recordar por sus patrióticos servicios, de qué fechas conmemorar de esa épica batalla naval y qué versión de ella guardar para siempre en la memoria colectiva.

En un tercer grupo, se podrían reunir los trabajos de Yolanda Juárez Hernández, Luis Alberto Montero García y Juana del Carmen Santos Medel, dedicados a explicar tres asuntos medulares en el Veracruz decimonónico: la función social de la muralla que abrigaba la ciudad, el impacto de los ferrocarriles sobre la urbe amurallada y la vida cotidiana de sus habitantes de fin de siglo.

En un breve pero sustancioso ensayo, Yolanda deja claro el papel que en realidad cumplió la muralla una vez que ésta fue terminada, y que no fue tanto defensivo como de “poner límites”, es decir, de “control o filtro social” al interior del recinto amurallado, ante la entrada y salida de viajeros llegados de ultramar o de tierra adentro, y de habitantes (negros criollos, mulatos, pardos, morenos libres e indígenas) que vivían en precarios asentamientos a extramuros —donde se cocinaba a fuego lento la “jarocho contextura” (Francisco Rivera Ávila *dixit*)—, y que mal cubrían la creciente demanda de servicios de los privilegiados habitantes de intramuros; más allá de que también dicho control, ejecutado por el Santo Oficio, incluía “vigilar y censurar la entrada de ideas a través del decomiso de libros prohibidos, costumbres y personajes dudosos”.

El imparable crecimiento poblacional, tanto dentro como fuera de la muralla, y, sobre todo, el inicio en forma de la era del ferrocarril —símbolo inequívoco de la modernidad—, cuyos rieles, penachos de vapor y estaciones van sitiando y asfixiando la ciudad en el último cuarto del siglo XIX, marcarán el principio del fin de aquélla; un proceso urbano lento pero inexorable este último que es desarrollado por Luis Alberto, quien nos narra con su acuciosidad acostumbrada cómo el puerto se fue convirtiendo en el punto de encuentro y llegada o

partida de cuatro líneas ferrocarrileras: el Mexicano, el Interoceánico, el Alvaradito y el Veracruz al Istmo, las cuales, en 1911, confluirán finalmente en la terminal ferroviaria.

Una vez demolida la muralla, y en medio de las inaplazables obras del puerto en su fase terminal a cargo de la omnipresente empresa contratista Pearson and Son, Juanita nos hace una sabrosa narración de la vida cotidiana de la población porteña en 1899, con base en el periódico *El Dictamen Público*, donde los más pequeños acontecimientos no son precisamente intrascendentes, sino todo lo contrario: así, a través de la columna “Gacetillas” del cotidiano veracruzano recién fundado por Francisco J. Miranda, nos enteramos de fiestas populares, corridas de toros, rifas y juegos de lotería en el parque Ciriaco Vázquez, elevación de globos aerostáticos —a cargo de Juan Clairfenille, émulo jarocho del célebre Joaquín de la Cantolla y Rico—, un incendio en una cuartería de la calle Guerrero —que hace recordar la canción “El cuarto de Tula”, interpretada por Buena Vista Social Club—, los apagones en diciembre con los nortes —¡que hoy en día, por cierto, siguen sucediendo!—, o los pininos de un tal Mauro D. Loyo, médico que anunciaba la próxima inauguración de su consultorio, entre otros.

En un cuarto grupo, ubicaría los textos de Alfredo Delgado Calderón,

Leticia Rivera Cabrieles y José Luis Juárez López, en los que se analizan con una nueva mirada la Revolución y la posrevolución mexicana en el puerto de Veracruz.

Clubes liberales precursores incluidos, Alfredo, en un par de ensayos, hace una revisión puntual de la efímera asonada felicista, la nefasta dictadura huertista, la no menos funesta intervención yanqui del 14, la “invasión” y breve estancia constitucionalista, el ácrata movimiento inquilinario del 22 encabezado por Herón Proal y la “rebelión sin cabeza” delahuertista del año siguiente. Durante esta docena de años, la ciudad y puerto de Veracruz, que parecía salir del Porfiriato echando las campanas de la modernidad al vuelo, vería truncada su vida civil y cotidiana de diferentes maneras, además de sufrir sus habitantes una serie de agudos problemas: acaparamiento y carestía de los alimentos, inflación, hambre, bombardeos, toque de queda, escasez de vivienda e incomodidades sin fin; aunque también, es justo decirlo, la urbe jarocho obtendría uno que otro beneficio en su infraestructura urbana y su frágil salud pública.

Leticia y José Luis, en cambio, dirigen su atención a la invasión y ocupación norteamericana del 14, pero en función del estudio de los imaginarios de la misma: la primera a partir de los hechos históricos mismos y el segundo desde la producción literaria al calor de los acontecimientos, en particular

del análisis de *Satanás*, novela histórica escrita por Alfonso López Ituarte, publicada ese mismo año; ambos trabajos, además de originales, nos muestran aristas poco exploradas de la mal llamada “epopeya” o “gesta heroica” durante las conmemoraciones oficiales, donde, absurdamente, los pusilánimes oradores en turno nunca identifican con claridad al país agresor: Estados Unidos de América. ¡Me consta!

Un quinto grupo lo conformarían, a mi entender, los capítulos escritos por Claudia Guerrero Crespo e Ignacio Rodríguez García, Laura Raquel Carrillo Márquez, Carmelina Priego Medina, Julián Fabián Reyes García y María del Pilar Ponce Jiménez, dedicados todos ellos a estudiar y ponderar el patrimonio cultural veracruzano.

Claudia e Ignacio lo hacen con base en la invaluable aportación que ha hecho la Isla de Sacrificios a la creación del antiguo Museo Nacional en los primeros años del México independiente; Laura, a partir del naufragio del bergantín USS Somers, embarcación estadounidense que participó en la Guerra del 47, localizado en 1987, y que se encuentra, cual pequeño *Titanic*, en un canal marino cercano, entre la Isla Verde y el arrecife de la Blanquilla, a 32 metros de profundidad; Carmelina y Julián Fabián, desde el patrimonio edificado en la ciudad de Veracruz, la primera dando una valiosísima visión

de conjunto del muy preocupante estado de la cuestión, y el segundo revisando los usos y traspasos que ha tenido la Casa Principal (hoy convertida en centro cultural adscrito a la Secretaría de Cultura estatal), así como la relaciones de sus distintos dueños con el ámbito comercial, empresarial y financiero de la ciudad portuaria; María del Pilar, en fin, valorando la importancia que tiene para el puerto de Veracruz la “Carta general del Estado de Veracruz-Llave del año de 1908, elaborado por la Comisión Geográfico-Exploradora”, rescatada literalmente de la basura, a pesar de no ser un ejemplar único. Mención aparte merece el ensayo de Carmelina sobre el Carnaval de Veracruz, patrimonio inmaterial de los veracruzanos, que si bien, en mi opinión, hace rato que ha sido devorado por un mercantilismo exacerbado, y a últimas fechas cambiada su celebración en el calendario por razones igualmente comerciales, no está de más recordar sus orígenes y evolución, más si la autora misma fue reina de esta fiesta señera del puerto, quien, por lo mismo, sabe de lo que está hablando, a pesar de que por momentos le gane una entendible nostalgia.

Finalmente, como cereza del pastel, tenemos el interesantísimo trabajo de Armando Ruiz Aguilar, quien da cuenta, “Dejando de lado las consejas populares” pergeñadas local-

mente, de las correrías de Ernesto Guevara de la Serna, mejor conocido como *el Ché*, y Fidel Castro Ruz en el puerto de Veracruz y Boca del Río —todo indica que nunca juntos y no del todo en la “clandestinidad”—, a mediados de la década de 1950, y de la importancia que aquellas tuvieron para el Movimiento 26 de Julio, poco antes de salir ambos personajes rumbo a Cuba desde el puerto de Tuxpan, Veracruz, el 25 de noviembre de 1956, en el mítico yate *Granma*, junto con ochenta aguerridos seguidores, con el objetivo de luchar contra la dictadura de Fulgencio Batista, dando inicio de esta forma a la Revolución cubana, que, a la postre, triunfaría en 1959.

En suma, estoy convencido de que esta obra es una relevante y original aportación a la historiografía porteña; un volumen que, sin duda, es no sólo complementario de los libros conmemorativos citados al principio sino que en adelante se volverá de consulta obligada para los lectores interesados en el acaecer porteño, pero también para los estudiosos que quieran seguir escribiendo páginas nuevas del fascinante pasado veracruzano, fuente inagotable de historias y, esperemos, de futuras investigaciones. ¡Enhorabuena a todas y todos los autores que lo hicieron posible, empujando por su coordinadora!

## REFERENCIAS

- BLÁZQUEZ DOMÍNGUEZ, C., GALINDO PELÁEZ, G. A., & ALEJANDREZ, R. T. (Coords.). (2019). *Veracruz: puerta de cinco siglos, 1519-2019* (2 Vols.). Ciudad de México: Editores Índice Fons/Universidad Veracruzana.
- CASTRO, P. (Ed.). (2019). *El puerto en la vida de Veracruz. Una historia compartida*. México: Coordinación General de Puertos y Marina Mercante, Secretaría de Comunicaciones y Transportes.
- SILVA, C., & ÁLVAREZ DE LA BORDA, J. (Coords.). (2018). *500 años de Veracruz*. Xalapa: Editorial Clío/Gobierno del Estado de Veracruz.